

UN HÉROE CERCANO

Francisco Javier AYUELA AZCÁRATE



N la pequeña localidad de El Pardo —en realidad parte de un distrito de Madrid—, hay una sobria iglesia parroquial de estilo clásico que se levanta, modesta y en desigual competencia, justo al lado del majestuoso y famoso Palacio; hoy residencia oficial de los jefes de Estado que visitan oficialmente España. En los jardines de entrada a la iglesia existe un sencillo monumento de piedra. Fue erigido, en mayo de 1983, para honrar a un héroe, infante de marina y soldado real, soldado real e infante de marina —que «tanto monta, monta tanto»—; un héroe muerto el año anterior.

Recuerdo el dolor y la conmoción del día en que murió nuestro héroe y también la emoción que embargaba, pocos meses después, a todos los presentes en el acto de inauguración del monolito, levantado en su memoria. Fue un acto solemne y sencillo a la vez, al que asistieron, emocionados y sobrecogidos, la mayoría de los habitantes de El Pardo. En aquellos meses de dolor y tristeza, también de orgullo y de superación, recuerdo haber oído repetir a varias personas una conocida máxima: «la muerte siempre se lleva a los mejores». La verdad es, que en este caso, la frase no podía ser más acertada.

El 25 de septiembre de 1982, el cabo habilitado de Infantería de Marina, don Luis Manuel López Martínez, perteneciente a la compañía «Mar Océano» de la Guardia Real, entregaba su vida heroicamente por sus semejantes en el Nogal del Barranco, en Ávila, en la vertiente meridional de la Sierra de Gredos. Al haberse cumplido —hace ya unos meses— el vigésimo quinto aniversario de su heroica muerte, creo que es un buen momento para rendirle, una vez más, un sentido homenaje de reconocimiento por su gesta, por su sacrificio y por su ejemplo, como establece el artículo dieciséis de las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas: «Los Ejércitos de España son herederos y depositarios de una gloriosa tradición militar. El homenaje a los héroes que la forjaron es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra».



Desfile de la Compañía «Mar Océano» en el acto de inauguración del monolito. En el podio, junto al almirante Manso (jefe del Cuarto Militar de la Casa de S. M. El Rey), que presidía el acto, puede verse a los padres de Luis Manuel.

Fue un día muy duro para la compañía que, mientras se encontraba de maniobras, acudió en ayuda de unos jóvenes excursionistas que habían quedado atrapados en una pequeña isleta, en medio del normalmente tranquilo río Pelayos. Aquel día, sin embargo, su caudal, tras varias horas de incesante lluvia torrencial, crecía vertiginosamente y el pequeño cauce se había convertido en un enorme torrente que rugía amenazador, arrastrando troncos de árbol y grandes piedras. La espectacular crecida iba devorando rápidamente el menguante refugio de los aterrorizados montañeros. Cada vez llovía con más fuerza y el rescate, aunque muy arriesgado, era una cuestión de vida o muerte. Con gran dificultad, trabajando bajo la presión del escaso tiempo disponible, se consiguió tender con urgencia un andarivel y sacar a todos los jóvenes que tan cerca estuvieron de una muerte segura. Desgraciadamente, para salvar esas vidas hubo que pagar un alto precio.

En el rescate murió nuestro héroe, arrastrado por el río al lanzarse al agua con gran valentía para rescatar a uno de los montañeros. En cumplimiento de su deber, entregó su vida y un futuro prometedor por aquella persona, a la que no había visto nunca; un hecho heroico y de extraordinaria abnegación. En la inmortal obra de Cervantes dice don Quijote que «cada uno es hijo de sus obras...». Dar la vida para evitar el sufrimiento humano es una obra insuperable; sin duda merecedora de la mayor de las glorias. Con su hazaña, recom-

pensada con varias condecoraciones, Luis Manuel se unió para siempre a la galería de héroes de la Armada, del Cuerpo de Infantería de Marina y de la Guardia Real que a lo largo de cientos de años han dado su vida por España y por los españoles.

Luis Manuel, como todos los miembros de la unidad, era muy consciente de nuestros privilegios y nuestras tradiciones, un aspecto esencial en la formación que había recibido y que se respiraba en la vida diaria de la unidad. Cada día, al asistir a la lectura de la orden, la compañía recordaba la correspondiente efeméride; habitualmente, hechos destacados de las guardias españolas y de la Infantería de Marina. Sirvan dos ejemplos como muestra. El primero corresponde al día del año 1908 en que S. M. Alfonso XIII sancionaba el siguiente decreto:

«El Cuerpo de Infantería de Marina, por estar declarado tropa de mi real casa, tendrá preferencia sobre los otros Cuerpos que no gocen de este privilegio para montar la guardia de calle a Mi Real Persona, así como también a todas las demás de Mi Real Familia, especialmente en las capitales de los departamentos o apostaderos marítimos, por radicar en ellos los principales núcleos del aludido Cuerpo».

El segundo, la efeméride del día de 1808 en que tuvo lugar la batalla de Bailén en la que combatió una compañía de granaderos de marina, encuadrada en las guardias españolas que mandaba el duque del Infantado. Su comportamiento fue tal que hizo exclamar al duque: «En las acciones de guerra han sido los soldados de Infantería de Marina un ejemplo de bizarría, y fuera de ellas, un modelo de disciplina».



Monolito a la entrada de la iglesia parroquial de El Pardo, inaugurado en mayo de 1983.

Recuerdo muy bien aquella compañía «Mar Océano» en la que servía Luis Manuel. Era una unidad bien adiestrada y que rezumaba orgullo y profesionalidad. Sus componentes se esforzaban cada día en dejar en el mejor lugar posible a la Armada y al Cuerpo de Infantería de Marina. Se conoce que su capitán ya tenía muy claro lo que años después ha dejado escrito en las Directrices del Comandante General, de septiembre de 2006: «Somos los soldados que nuestra Armada aporta a la nación para dar cumplimiento a lo que ella demanda. Es la esencia de nuestra vocación, ser Soldados de Marina». Esta frase resume la personalidad que yo recuerdo de aquella unidad; una compañía a la que cuadraban muy bien los famosos versos de don Pedro Calderón de la Barca:

*...que nadie espere
que ser preferido pueda
por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere;
porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace
y sin mirar cómo nace
se mira cómo procede.*



Ceremonia de entrega de boinas. Periodo de instrucción. Palma de Mallorca.



Cabo H. Luis Manuel López Martínez. Río Pelayos, septiembre de 1982. Fotografía expuesta en la Compañía «Mar Océano» con la frase: «Su ejemplo perdurará entre nosotros».

Es sabido que los recuerdos son muy caprichosos, así que a veces, cuando pasan los años, salen por donde menos te lo esperas. Uno de los recuerdos más claros que viene a mi memoria es que era una compañía a la que le gustaba cantar y que lo hacía bastante bien. Los que de esto saben dicen que, al principio, era a su capitán a quien le gustaba cantar, pero el caso es que consiguió que acabara gustándonos a todos. Nuestra canción de marcha favorita era un ligero parafraseado del *Himno del Tercio Sur*. A menudo la compañía entraba en la Plaza de Armas de la Guardia Real cantando este himno, que acabó siendo una de las señas de identidad de la unidad:

*Soy soldado real de Marina
que juró por su Patria luchar,
donde voy va delante mi lema,
ser «valiente por tierra y por mar»...*

*Soy sobrio, incansable, intrépido, firme,
duro en la fatiga, bravo al combatir,
nunca el desaliento en mi pecho anida:
la Historia me manda vencer o morir...*



XXV aniversario de la creación de la Compañía «Mar Océano». El Pardo, diciembre de 2006.

Como todos nosotros, Luís Manuel estaba orgulloso de servir en un Cuerpo declarado tropa de la Casa Real; de servir en un Cuerpo que ostenta, desde el año 1763, el título ganado en combate, de Real, como premio a la defensa del castillo del Morro y plaza de La Habana; y por encima de todo, de servir en un Cuerpo que goza del más importante de los privilegios al que se puede aspirar en nuestra profesión, el de «ocupar en campaña el puesto de mayor peligro: el de extrema vanguardia en los avances o el de extrema retaguardia en las retiradas». Sin duda, él supo vivir y supo morir llevando hasta las últimas consecuencias este espíritu que siempre ha sido parte esencial del motor que mueve a los infantes de marina.

Luis Manuel era un buen soldado. Los antiguos componentes de la compañía con los que he hablado recuerdan, como un rasgo destacado de su personalidad, que le gustaba ser y sentirse soldado de marina, ser y sentirse soldado real. A los soldados se les nota enseguida cuando disfrutan siéndolo. Era disciplinado, eficiente, extrovertido y simpático, un joven alegre y lleno de vida, muy querido por todos los que tuvimos el privilegio de conocerle y el honor de servir junto a él.

La unidad había sido cuidadosamente seleccionada e instruida. Estaba sujeta a una permanente evaluación para determinar los que, al licenciarse cada promoción y de acuerdo con el número de vacantes disponibles, pasaban de soldados reales a guardias reales, ingresando en la escala permanente de la Guardia Real: el sueño de la mayor parte de los soldados reales. Luis Manuel pertenecía a la Plana Mayor de la compañía y desempeñaba un trabajo de confianza de su capitán: el de escribiente en la oficina de la compañía. Como encargado de la documentación pasaba largas horas controlando que todo se desarrollase con normalidad. Siendo soldado de infantería bien sabía que, como nos dejó escrito Camilo José Cela, «...cuando el hombre se cansa, aún le faltan muchas horas y muchas leguas para cansarse».

Había nacido y vivía en El Pardo, en el seno de una familia que enfrentó la tragedia de forma excepcional, conjugando el dolor con el orgullo por su gesto heroico. Sus padres y sus tres hermanos, aunque abatidos por la tragedia, siempre mostraron una actitud encomiable, digna de todo elogio. El impagable ejemplo y el conmovedor coraje de esta familia, también merecen nuestro homenaje y nuestro reconocimiento.

En diciembre de 2006 se celebró en El Pardo el XXV aniversario de la creación de la compañía «Mar Océano». Allí, en la explanada de la Guardia Real, estaba la madre de nuestro héroe; su serena presencia, su ánimo y su vibrante orgullo merecieron una espontánea, cerrada y emocionada ovación por parte de todos los presentes. Fue un momento especial, una de esas ocasiones en las que el tiempo parece detenerse y que sobrecoge el ánimo. A más de uno le costó contener las lágrimas; algunos no lo consiguieron.

En nuestro Siglo de Oro, Catalina Clara Ramírez de Guzmán dedicó un poema «a un caballero que murió muy mozo en la guerra, habiendo andado sobradamente bizarro en la ocasión...». Dedicados hace siglos a otro héroe, sirvan hoy estos versos como homenaje a Luis Manuel, un héroe cercano:

*Moriste, joven, en edad florida
dando vida a tu fama con tu muerte.
No te engañó, te mejoró la suerte,
pues pasas por la muerte a mejor vida.*

Hay gestas que ni deben ni pueden caer en el olvido; así que si un día visitas El Pardo, y tienes ocasión, detente en el monolito y recuerda al héroe que, como reza un famoso epitafio, «entregó su presente para que otros pudieran tener un futuro».